

El toque del Maestro

“En esto se le acercó un leproso, que se postró ante él y le dijo: ‘Señor, si quieres, puedes limpiarme de mi enfermedad’. Jesús extendió la mano, lo tocó y dijo: ‘Quiero. Queda limpio’. Y al instante el leproso quedó limpio.”
Mateo 8:2,3

La mano se usa en las Escrituras como símbolo de poder. El toque de la mano es un pequeño ejercicio de poder. Notemos algunos relatos bíblicos de las cosas maravillosas que fueron logradas por el toque del Maestro y considerémoslas ilustrativas de la manera en que somos tratados por el mismo Señor amoroso y misericordioso, de quien el poeta escribió:

*“Tu toque tiene todavía su antiguo poder,
Ninguna palabra tuya puede caer sin fruto”.*

LA LEPROA: SÍMBOLO DEL PECADO

Nuestra Escritura de apertura recuerda la ocasión en que el toque de la mano del Maestro sanó a uno que estaba plagado de lepra. Mucho más común en la antigüedad que en la actualidad, la enfermedad de la lepra es causada por una infección a largo plazo que puede provocar daños en los nervios, la piel, los ojos y las vías respiratorias. Este

daño puede resultar en la falta de capacidad para sentir dolor y, finalmente, puede llevar a la pérdida de partes de las extremidades de una persona debido a lesiones o infecciones repetidas.

La lepra se usa en las Escrituras como símbolo del pecado. Así como la lepra puede resultar, con el tiempo, en daño o pérdida de partes del cuerpo, así el pecado carcome el corazón, la mente, el carácter y otras sensibilidades del cuerpo humano. A lo largo de la vida, sin el poder sanador del Gran Médico, los efectos del pecado resultarán en una separación cada vez mayor con respecto al Padre Celestial y sus principios y preceptos justos.

No todos los leprosos de Israel fueron limpiados por Jesús durante su ministerio terrenal. (Lucas 4:24-27). Durante la presente Edad del Evangelio, aunque Jesús, por la gracia de Dios, murió por todos, no todos se han beneficiado todavía de este precioso sacrificio, sino solo alguno que otro por aquí y otro por allá, un “pequeño rebaño”. (Heb. 2:9; Lucas 12:32). Sin embargo, el reino mesiánico venidero traerá una manifestación aún más plena de la gracia divina. El “pecado del mundo” será quitado, y toda la humanidad tendrá la oportunidad de ser completamente sanada de la “lepra” del pecado y sus terribles efectos que han plagado a la humanidad desde la caída de nuestros primeros padres en el Edén. (Juan 1:29; 1 Cor. 15:21,22). La tierra, el hogar del hombre, será igualmente, una vez más, un lugar santo, curado para siempre de los efectos del pecado.

EFFECTOS DEBILITANTES DE LA FIEBRE

En otro registro del toque de la mano del Maestro, leemos: “Cuando Jesús entró en la casa de Pedro, vio a la madre de la esposa acostada y enferma de fiebre. Y Él le tocó la mano, y la fiebre la dejó; y ella se levantó y los

atendió”. (Mat. 8:14,15).

En el cuerpo humano, la fiebre, o aumento de la temperatura interna del cuerpo, es un mecanismo que se activa para combatir muchos tipos de infecciones. En la mayoría de los casos, la fiebre desaparece en un par de días una vez que se ha cumplido su propósito. Sin embargo, en los casos en que la infección o la enfermedad subyacente son más graves, es posible que la fiebre no tenga su efecto reparador. Los resultados en tales casos pueden ser muy graves y, posiblemente, mortales.

Esto bien puede ilustrar las fiebres del orgullo, la ira, el temperamento y la pasión que afligen a la familia humana. El mundo nunca ha estado en una condición más febril que en la actualidad. La mayoría de las personas reconocen las terribles y mortales infecciones causadas por el pecado. Sin embargo, el hombre es incapaz de deshacerse de ellas porque las cualidades “febriles” mencionadas anteriormente son exactamente lo contrario del bálsamo curativo de la humildad, la bondad, la misericordia y el amor, que son los únicos remedios para la infección actual del mundo como resultado del pecado. Lo que la humanidad necesita es el toque del Maestro.

La fiebre en el sentido simbólico también podría denotar una condición de inquietud. El toque de Jesús erradicará esto y nos traerá paz y descanso espiritual. Las Escrituras describen como la “paz con Dios” cuando nos aferramos al Señor por fe, y como “la paz de Dios” en nuestros corazones cuando nos entregamos completamente para caminar en los pasos del Maestro. (Mat. 11:28-30; Rom. 5:1; Fil. 4:7). Que nuestras oraciones por esta bendición sean las expresadas por el poeta:

*“Deja caer tus calmos rocíos de quietud,
hasta que cesen todos nuestros esfuerzos;
quita de nuestras almas la tensión y el estrés,
y que nuestras vidas ordenadas confiesen
la hermosura de tu paz”.*

NUESTROS OJOS DE COMPRENSIÓN

“Al salir de Jericó, los siguió una gran multitud. Y había dos ciegos sentados junto al camino, que, al oír que Jesús pasaba, dijeron: ‘Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros’. (...) Y Jesús se detuvo y les dijo: ‘¿Qué quieren que les haga?’. Le dijeron: ‘Señor, que nuestros ojos se abran’. Entonces, Jesús tuvo compasión de ellos y les tocó los ojos; de inmediato, sus ojos volvieron a ver, y ellos lo siguieron”. (Mat. 20:29-34).

Este milagro de Jesús ilustra bien la apertura de los ojos de nuestro entendimiento por el poder del Espíritu Santo de Dios. Aquí, el toque del Maestro nos da la capacidad de ver y apreciar con el ojo de la fe cosas que aún no se ven, “porque caminamos por la fe, no por la vista”. (Ef. 1:18; 2 Cor. 5:7). Quizás algunos piensen que los ojos pueden abrirse mediante la educación mundana o mediante los esfuerzos propios. Sin embargo, repetidos esfuerzos en este sentido a lo largo de los siglos han demostrado que esto es tan posible como lo es para un ciego de nacimiento abrir sus propios ojos y ver.

En una ocasión, el Maestro curó la ceguera de un hombre haciendo arcilla y colocándola sobre los ojos del ciego, después de lo cual el hombre se lavó en el estanque de Siloé. (Juan 9:1-7). Esta es una hermosa ilustración del método que el Señor usa frecuentemente para abrir los ojos del entendimiento por medio de instrumentos humanos, ilustrado aquí por la “arcilla”, como una forma de transmitir esta gran bendición. Tal curación puede

ilustrarse bien con las secreciones de la boca de nuestro Señor, “llenas de gracia y de verdad”, mezcladas con un poco de polvo de la tierra, que denotan los escasos talentos terrenales de los seguidores del Señor. (Ef. 4:11; Juan 1:14).

Este método se ha utilizado especialmente en este final de la era cristiana en relación con el mensaje del Evangelio que se ha difundido por todo el mundo. Un “siervo fiel y prudente”, junto con muchos otros siervos, ha sido favorecido para participar en estas obras que el Maestro predijo que sería el privilegio de sus seguidores fieles. (Mat. 24:45-47; Lucas 12:37). En consecuencia, los ojos de muchos han sido abiertos. Además, una perspectiva mucho mayor puesta ante el pueblo del Señor es que, si uno es fiel hasta la muerte, tendrá el bendito privilegio de abrir los ojos de los miles de millones que han estado ciegos, tanto física como mentalmente, en el reino venidero. (Isa. 35:5).

Después de que Jesús fue ungido por el Espíritu Santo en el Jordán, sus ojos de entendimiento espiritual se abrieron para ver en detalle las muchas características de la voluntad de Dios para Él. Este entendimiento tuvo dos efectos importantes. Primero, fue santificado por el entendimiento y cumplimiento de la voluntad de su Padre. (Juan 17:17-19). Además, recorrió todas las ciudades y las aldeas de Israel, proclamando la venida del Reino de Dios. (Mat. 4:17; 9:35; Marcos 1:15). Esto muestra las dos razones principales por las que nuestros ojos mentales han sido ungidos con el colirio de la verdad: primero, para que apliquemos su efecto santificador hacia el crecimiento de un carácter semejante al de Cristo; y, segundo, para que podamos ser testigos del “evangelio del reino” hasta el grado de nuestra capacidad y circunstancias. (Mat. 24:14).

ALIMENTO ESPIRITUAL MULTIPLICADO

En otra ocasión, al ver el hambre de la multitud, Jesús dijo a sus discípulos: “¿Cuántos panes tienen? Y dijeron: ‘Siete, y unos pescaditos’. Entonces ordenó a la multitud que se sentara en el suelo. Y tomó los siete panes y los pescaditos, dio las gracias, los partió y los dio a sus discípulos, y los discípulos los dieron a la multitud”. (Mat. 15:34-38).

Aquí los siete panes y los pocos pescados se multiplicaron lo suficiente como para alimentar a una multitud de más de cuatro mil, nuevamente como consecuencia del toque del Maestro. De modo que, en un plano aún más alto, el mismo poder misericordioso ha hecho que se multiplique el alimento espiritual de la verdad para que pueda alcanzar y llenar a todos los que buscan respuestas y consuelo en toda la tierra durante estos tiempos peligrosos. A través de la página impresa, la radio, la televisión, Internet e innumerables formas de medios electrónicos, el glorioso mensaje del Evangelio ha llegado y continúa llegando a quienes tienen hambre de la Palabra de Dios.

SABIO E INOFENSIVO

Cuando Jesús fue apresado la noche antes de su muerte, uno de sus discípulos pensó que era necesario defender a su Maestro. El relato dice que el discípulo, que era Pedro, “hirió al siervo del sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha. Y Jesús respondió: ‘No sufran más’. Y le tocó la oreja y lo sanó”. (Lucas 22:50,51; Juan 18:10,11).

Podemos estar bastante seguros de que, como resultado del uso bastante imprudente de la espada por parte de Pedro, el oído del hombre herido se vería gravemente afectado. De manera similar, algunos tal vez hayan sufrido daños en su oído espiritual por un uso imprudente de la espada del Espíritu por parte de discípulos demasiado

celosos. Todos los heridos necesitan el toque del Maestro para que su audición sea completamente restaurada. Como discípulos, por lo tanto, aseguremonos de que, al transmitir el Evangelio, seamos “prudentes como serpientes e inofensivos como palomas”. (Mat. 10:16).

NUESTROS LABIOS SE TOCARON

Cuando Jesús llegó al mar de Galilea en una ocasión, el relato dice: “Y le trajeron uno que era sordo y tenía un impedimento en el habla; y le suplicaron que le pusiera la mano encima. Y tomándolo aparte de la multitud, le metió los dedos en los oídos, escupió y le tocó la lengua; y, mirando al cielo, suspiró y le dijo ‘ephatha’, es decir, ‘ábrete’. Y, en seguida, se le abrieron los oídos, se desató la ligadura de su lengua, y hablaba claro”. (Marcos 7:31-35).

El pobre hombre aquí traído a nuestra atención era sordo, además de tener un impedimento en su habla, y el poder del toque del Maestro se manifestó de nuevo para sanarlo. Con frecuencia, el pueblo del Señor tiene, en un sentido espiritual, un impedimento en su habla. No pueden hablar el mensaje del Señor tan claramente como les gustaría hacerlo. Necesitamos, por lo tanto, llegar a esa condición de plena consagración y sumisión a la voluntad del Señor, para que podamos experimentar su toque.

Este toque simbólico no nos convierte a muchos de nosotros en oradores, pero sí hace posible que, de una forma u otra, seamos capaces de proclamar las alabanzas de aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable. (1 Pe. 2:9). Recordamos que Moisés, el siervo de Dios, era lento en el habla, pero la providencia del Señor superó esta dificultad al proporcionar a Aarón como portavoz. Hoy en día, las muchas formas de comunicación disponibles son una maravillosa ayuda para que el pueblo

de Dios, que puede ser lento en el habla, presente efectivamente el glorioso Evangelio del Reino.

NIÑOS PEQUEÑOS BENDECIDOS

“Llevaron unos niños a Jesús para que los bendijese. Los discípulos, al verlo, reñían a quienes los llevaban; Pero Jesús, llamando a los niños, dijo: ‘Dejen que los niños vengan a mí y no se lo impidan, porque el reino de Dios es para los que son como ellos’”. (Lucas 18:15,16).

Esta hermosa ilustración muestra que incluso los niños pequeños pueden experimentar la bendición divina como consecuencia del toque del Maestro. En vista de esto, cuán importante es que los padres cristianos críen a sus hijos en la disciplina y la amonestación del Señor. Muchos pueden dar testimonio de las bendiciones que han continuado durante toda su vida como resultado de experimentar el toque del Maestro durante sus primeros años. Verdaderamente, el sabio dijo: “Acuérdate, pues, de tu Creador en los días de tu juventud”. (Ecle. 12:1).

LOS MUERTOS SE DESPIERTAN

En Lucas 7:11-15, leemos este relato acerca de Jesús: “Y aconteció al día siguiente, que entró en una ciudad llamada Naín; y fueron con él muchos de sus discípulos y mucha gente. Cuando llegó cerca de la puerta de la ciudad, vio que habían sacado a un muerto, el único hijo de su madre, y ella era viuda; y mucha gente de la ciudad estaba con ella. Cuando el Señor la vio, tuvo compasión de ella y le dijo: ‘No llore’. Se acercó, tocó el féretro; y los que lo llevaban se detuvieron. Y él dijo: ‘Joven, a ti te digo, levántate’. El que había muerto se incorporó y comenzó a hablar. Y lo entregó a su madre”. (Lucas 7:11-15).

¿Podemos imaginar un espectáculo más hermoso que

el retorno de este joven a su madre viuda, su único hijo y, posiblemente, su único sustento? Como contrapartida espiritual a esto durante la Edad del Evangelio, alguno que otro ha experimentado un despertar para “caminar en la novedad de la vida”, desarrollando nuevas esperanzas, ambiciones y metas. Si son fieles hasta la muerte, tendrán parte en la “primera resurrección” de todos los que vivan íntegramente para el Maestro. (Rom. 6:4,5; Ef. 1:12-14; Col. 3:1-4; Ap. 20:4,6).

En vista de las obras de gracia realizadas durante la presente era evangélica como consecuencia del toque del Maestro, qué cosas maravillosas pueden esperarse cuando el brazo del Señor se expone a todas las personas en el Reino mundial venidero de justicia y paz de Dios! Entonces, se abrirán todos los ojos ciegos y se destaparán todos los oídos sordos. (Isa. 35:5). Todos los que están en sus sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios y saldrán; porque tiene que reinar hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies, y el último enemigo en ser destruido es la muerte. (Juan 5:28,29; 1 Cor. 15:25,26).

Para poder experimentar los resultados benditos del toque del Maestro, debemos hacer nuestra parte y mantener una estrecha comunión con él. Como tantos que buscaron ser sanados durante su ministerio terrenal, atravesemos la multitud de confusión y duda, y permanezcamos lo más cerca posible de él, por fe, para que podamos recibir el “toque” sanador de todas las promesas divinas.

